



Hna. Liliana Franco, ODN
Presidenta de la CLAR

Las mujeres del alba, las de la más radical osadía, las que sostienen la esperanza aferradas a la promesa, las que caminan rompiendo la noche y en estado de misión le abren boquetes al Espíritu para que pueda entrar y fecundarlo todo. La Vida Religiosa del continente se adentra en un nuevo trienio, acogiendo como icono inspirador de su andadura a las mujeres del alba. Hoy más que nunca estamos convencidos de que la verdadera reforma viene del encuentro con Jesús, al eco de su Palabra, en el aprendizaje de sus actitudes y criterios, en la asimilación de su estilo. Esto lo saben bien las mujeres del alba, esas que supieron transformar su propia existencia en el encuentro con Jesús, ellas que, movidas por el amor, se lanzaron a los caminos.

Se dice que, en Japón, cuando se rompe una vasija, unen las pie-

zas entre sí con oro porque creen que las historias y los corazones rotos son como vasijas que pueden volver a unirse, a este arte lo denominan: *Kintsugi*. Ellos creen que siempre es posible la transformación, el nuevo nacimiento y tal vez y precisamente porque existen las heridas, la reforma puede acontecer con más belleza, ellos consideran que mientras más cicatrices hay, más sabiduría puede existir. De eso se trata la reforma, de abrazar las heridas, de acogerlas e integrarlas hasta hacer que se instaure la capacidad de amar y la disposición a servir con novedad.

La andadura de la mujer en la Iglesia está llena de cicatrices, de coyunturas que han supuesto dolor y redención, trama pascual, en la cual lo evidente y definitivo ha sido el amor de Dios; amor que permanece más allá del empeño por algunos de invisibilizar la presencia y el aporte de las mujeres en la construcción de la Iglesia. Esta realidad, esta experiencia repleta de dolor, incertidumbre e impotencia de tantas mujeres en la Iglesia las hace, como a las vasijas japonesas, más bellas y fuertes, más capaces de compasión y osadas, más sensibles y aptas para el encuentro, para la vivencia dialógica que supone misericordia, aprendizaje y conversión.

El Papa Francisco se ha dirigido a las mujeres, recalcando el papel que ocupan en la vida civil y eclesial y abogando por el reconocimiento

pleno de sus derechos, resaltando su dignidad y animando a que al interior de la Iglesia puedan desarrollar sus dones: "Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad, plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente"¹.

La Iglesia tiene rostro de Mujer: las Asambleas, los grupos parroquiales, las celebraciones litúrgicas, los ministerios apostólicos de las comunidades, la calidad de la reflexión y la calidez de la entrega de la Iglesia se teje tantas y tan mayoritarias veces, en el vientre de las mujeres. De esto, es posible dar cuenta, en todos los contextos. Por eso ellas, las mujeres del alba, las de todos los tiempos, pueden ser, en este hoy de la historia inspiración para los varones y las mujeres consagradas.

La realidad habla de la urgencia de asumir, al interior de la Iglesia una misión ineludible: corresponde evangelizar, humanizar y hacerlo de manera significativa, creíble, auténtica, contextualizada, partiendo de la vida, sin negar al interlocutor y haciéndose cada vez más aptos para el encuentro con

el "diferente", con el que no cree, con aquel que no comulga y sintoniza con las propias opciones. Se trata de ensanchar la mesa, para que haya lugar para todos. La plenitud eclesial se alcanzará cuándo en torno al banquete, se reconozca que todos tienen un lugar, que Jesús es quien convoca, que Él es el centro y el sentido de todo en el engranaje eclesial y de cara a la construcción del Reino.

La Iglesia es femenina, y eso no excluye a los varones, porque en todos, varones y mujeres, habita la fuerza de lo femenino², de la sabiduría, la bondad, la ternura, la fortaleza, la creatividad, la parresia y la capacidad de dar la vida y enfrentar las situaciones con osadía. Todos llamados a ser vientre, casa, caricia, abrazo, mística, resistencia, palabra, profecía... Una Iglesia femenina tiene la fuerza de la fecundidad. Esa que le viene dada por la RUAJ, y en ella, una Vida Religiosa que late al ritmo de lo femenino se sitúa desde estas perspectivas:

¹ Evangelii Gaudium. "Vatican va", acceso 21 de junio de 2021. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html.

² *Lo masculino/femenino es una polaridad dinámica y sin exclusiones. En el terreno de la consciencia, según Beatrice Bruteau y Felicity Edwards, en cada persona hay lo masculino que es specialized, analytical, focused y lo femenino que es general, intuitive, holistic (véase F. Edwards, "Spirituality, Consciousness and Gender Identification: a neo-feminist perspective", en U. Religion and Gender, Oxford: Blackwell, 1995, 181-182).*

- La Persona de Jesús y el Evangelio son quienes convocan. El encuentro es para hacer memoria y actualizar el compromiso en la consciencia de ser enviados, discípulos misioneros. En ella, se hace lectura de fe de los hechos y el discernimiento está a la base de cualquier proceso o acción.
- La inclusión y la participación en la toma de decisiones brotan de la consciencia de la identidad: Pueblo de Dios y por el Bautismo portadores de la misma dignidad.
- La opción por el cuidado de toda forma de vida es la opción por el Reino. Se propende por la construcción de comunidades en las que se tiende naturalmente a levantar al caído, a curar las heridas, en las que hay lugar para el desheredado, y se trabaja por la dignidad humana, el bien común, por los derechos de las personas. Nos ubicamos como guardianes de la tierra.
- Un nuevo modo relacional hace posible una nueva identidad: más circular, fraterna y sororal. Desde nuevas ministerialidades, en las cuales se tejen relaciones de solidaridad y cercanía. El vínculo se establece más allá de lo jerárquico y lo funcional, en ese espacio existencial llamado comunidad y en el que todos se sienten humanos-hermanos.
- Se cree en el valor de los procesos, se prioriza la escucha y se reconoce que la fecundidad es fruto de la gracia, de la acción del Espíritu, único capaz de hacer nuevas todas las cosas.

Una elocuente imagen para proyectar la plenitud eclesial es, sin duda, la de un banquete servido por mujeres, con una mesa grande y redonda, en la que todos se reconocen hermanos, y ninguna burocracia ni clericalismo le hace sombra a la presencia y a la acción de un Dios que sin distinción de género llama a lo insospechado de su Reino. Al amor hasta el extremo, a la entrega incondicional de la vida, para que, en la mesa de todos, haya pan y nadie caiga en la tentación de sentirse superior a los demás. La plenitud eclesial es posible, en clave femenina y allí donde hay hermanos. En esta clave la mujer es protagonista de la reforma de la Iglesia y no sólo en la Iglesia.

Con la luz que nos aportan las mujeres del alba, el valor profético de la Vida Consagrada, consiste en despertar al mundo; se trata de resistir frente a las tumbas de los caídos de la historia, pero sin hacer trincheras en ellas; la llamada es a abrirse paso por las fronteras en las que urge la misión, conscientes de la Buena Noticia de la que se es portador.

La Vida Consagrada es un don para la sociedad y la Iglesia. Sólo observar a tantos consagrados insertos en las esquinas geográficas y existenciales, en los lugares más empobrecidos y complejos del mundo, para entender que precisamente ahí, en las zonas límite, ellos son buena noticia y signo creíble de una opción que pese a las circuns-

tancias se mantiene viva, es fecunda y se constituye en un estilo de vida al que Dios sigue convocando. Hay tantos recodos de la sociedad, a los que no llegan ni la presencia, ni la acción del Estado, ni de la Iglesia jerárquica y, sin embargo, en ellos, de manera sapiencial, evangélica y germinal, están los consagrados.

Gracias a todos los que, en esta edición de la revista de la CLAR, con la profundidad de su reflexión nos animan a hacer camino con las mujeres del alba. Esas que acompañaran la travesía de la Vida Religiosa del Continente, durante el próximo trienio.

El filósofo y teólogo Klaus Hemmerle dijo en 1993 a un grupo de mujeres consagradas:

"...deseo para todos nosotros ojos de Pascua, capaces de mirar la muerte hasta descubrir la vida, de mirar la culpa hasta descubrir el perdón, de mirar la separación, hasta descubrir la unidad, de mirar las heridas, hasta

*descubrir la gloria, de mirar al hombre hasta descubrir a Dios, de mirar a Dios hasta descubrir al hombre, de mirar el yo hasta descubrir el tú, y junto con esto, todo el poder de la Pascua"*³.

Y con el poder de la pascua, será también necesario una transformación de las estructuras para hacerlas más flexibles e inclusivas; de los procesos para que sean más participativos y vitales; de las dinámicas relacionales para que sean verdaderos nichos afectivos en los que de manera sana se propicie el encuentro y se evidencie el amor de Dios.

Que en dinámica de continuidad y avance, sigamos escuchando a la Madre que nos invita a hacer todo lo que Él nos dice, porque ya es la hora. Y que transitar en compañía de las mujeres del alba, lo más profundo de la noche, nos revista de razones para la esperanza, de fuerza profética y coraje misionero.

Gracias a todos por el camino recorrido en condición de hermanos.

³ Citado en W. Hagemann, *Klaus Hemmerle. Innamorato della Parola di Dio*, (Roma: Citta Nuova, Roma 2013), 314.